

de repente aquella persona buena y agradable se desenmascara y dice:—Me has creído una mujer honrada, yo no soy más que una cortesana, trátame en adelante como una de tantas, ó véte. La bolsa ó la vida.

Tal es Spa. Después de haber recorrido con seguridad completa sus calles tranquilas, se detiene uno ante un edificio que parece el más honrado de todos. Una escalinata de estilo correcto os invita á subir; criados de plácido semblante se atropellan por salir á vuestro encuentro á abriros la puerta; entráis, os aproximáis á una mesa alrededor de la cual veís reunidas mujeres casadas, madres de familia, y solteras de inmaculada pureza; de seguro decís: aquí está la dicha, la fortuna.. y una hora más tarde, arruinados, desesperados, locos, huís del santuario.

Pero yo, hace mucho tiempo ya, arranqué la careta á la hipócrita, sus artificios me son conocidos, su aire de virtud no hacen en mí mella... Vamos, ¿comenzamos el ataque? Estoy ardiendo en deseos de conocer mi suerte... Pero no, tengamos calma. Los caballeros antiguos, cuando iban á combatir por el honor de sus damas, las saludaban antes de cruzar sus lanzas. Yo que voy á pelear por la fortuna de mi beldad, debo escribirla algunas líneas; me parece que me encontraré más fuerte en el momento de la lucha.

¡Ah! qué bien hará mi letra sobre papel de Spa, con viñeta, representando el *Kursaal*.

No es cuestión para mí—la decía,—ganar ó perder dinero; se trata de conquistarle para

siempre contra todos y á pesar de todos; de adquirir para mí y para ti el derecho de amarnos á nuestro placer, sin que nadie encuentre nada que decir. Mi felicidad y mi vida se hallan en juego; si pierdo, saldré desesperado de la lucha; pero entonces no te pido más que me reserves un lugar en tus buenos recuerdos...

A través de la abierta ventana oí estas palabras tan conocidas: *tres, encarnado, impar, pierde*. Mis dos mil francos están en mi bolsillo, y acabo de poner en mi cadena de reloj un talismán que ella me ha dado. ¡En marcha!

X

¡Cuánta gente en la mesa de la *ruleta*! Es imposible encontrar sitio. Hay allí una multitud de gentes que no juegan y á quienes se debería prohibir la entrada en el *Kursaal*. Si no tenéis afición al juego, ¿qué venís á hacer aquí? ¿Gozar con las nuestras acaso? asistir á nuestra ruina, frotaros las manos de gusto diciendo no somos nosotros tan tontos! En verdad que es una distracción agradable, y económica sobre todo.

Pude, por fin, sentarme. El *croupier* encargado de echar la bola en el cilindro no me gusta. Es imposible que gane hasta que sea

reemplazado por otro. Mis vecinos tampoco me agradan mucho: la cara de un señor grueso que está á mi izquierda ha de tener muy *mala sombra* para mí, con toda seguridad. Esperaré á jugar cuando se marche. No puede tardar en hacerlo, acaba de poner, dando profundos suspiros, su último billete de Banco.

¿No es la célebre condesa rusa, la señora de K... aquélla que veo frente á mí? Si es, no hay nadie en el mundo que se parezca á ella, es única en su género. Había hecho por Spa, una infidelidad á Homburg, su residencia habitual. No ha envejecido nada; sabe llevar muy bien sus setenta años. De seguro conocéis sus costumbres. A las once en punto de la mañana entra en los salones del *Kursaal* apoyándose en dos criados, ó en una silla de manos. Se sienta en la mesa de *ruleta*, lo más cerca posible del cilindro, á fin de seguir con la vista las bolas, y después colocar á su lado su caja de rapé de concha, un saco de seda verde, lápices y papel destinados á sus cálculos, hace una pila con el oro, otra con la plata, y deja también un mazo de billetes. Al empezar el juego, se limpia las narices, tose, estornuda, come pastillas, y se la oyen soliloquios como estos: — ¡Es extraño! El número 36 no sale nunca! Más de una hora hace que estoy tras él. ¡Si estará el cilindro desarreglado! Se impacienta, ríe, se encoleriza, increpa á los banqueros, les dice mil tonterías, y hasta les da en los dedos con la *raqueta*. Este entretenimiento diario le tiene hace muchos

años, y dícese que ha producido dos millones de francos, lo menos, á las bancas de Alemania. Y no terminará, sin duda alguna, hasta que muera la condesa, que se quedará insensible y dulcemente cualquier tarde, al pie de la mesa de *ruleta*, murmurando por última vez entre dientes: *el cilindro debe estar desarreglado*.

Pero no estoy aquí para ocuparme tan sólo de la condesa K... El *croupier* que tanto me desagrada acaba de ceder su asiento á un joven cuya fisonomía me parece simpática. Acaso sea el hijo del burgomaestre. Spa es una ciudad patriarcal, ya lo he dicho antes; todo pasa allí entre familia; las autoridades todas en más ó en menos, son accionistas de la casa de juego, y para vigilar desde cerca sus intereses ejercen en el *Kursaal* distintos cargos.

El que antes estaba á mi lado desapareció al mismo tiempo que su último franco, cediendo su sitio á una joven demasiado bonita para que la suerte huya de ella.

Dí á cambiar un billete de quinientos francos. En cuanto le pierda me iré á la mesa del *treinta y cuarenta*. Si juego ahora en la *ruleta* es tan sólo por probar mi suerte, porque yo tengo la misma creencia que los hermanos Blanco, que al ver á sus criados acercar sillas ordinarias á los jugadores de *ruleta* les gritaban: — Butacas, butacas doradas para esos señores. Me han hecho ganar tanto dinero, que no podría nunca darles pruebas bastantes de mi agradecimiento.

Puse un luis á un *pleno* y acerté. Apunté después la ganancia al *encarnado* y salí. Paso al *negro*, pongo la mitad y gano. Juego veinticinco luses á la *transversal* y gano también. Tenía cerca de cinco mil francos delante de mí.

Debería contentarme con ellos. Estos cinco mil francos acaso fuesen suficientes. No, estoy de suerte, debo aprovecharla. Me parece que es justa. El *treinta y seis* salió y yo le había rodeado de luses. Tratemos de probar los *ceros* y juguemos el máximo á *caballo*. Me equivoqué, ganó el *trece*. Voy á éste; va á volver á salir.

Cero negro, dice el banquero.

Es preciso alternar, jugar ahora el *ceros* y después el *trece*; era poseedor de una suma respetable; me dieron ideas de partir inmediatamente, y mañana... ¡Pero en vez de eso!...

¡Qué! ¿me voy á abatir por este golpe? ¿Y qué pierdo yo después de todo? Unos cuantos luses, una bagatela. Es una mala pasada que me hace la suerte para intimidarme y hacerme perder ánimos. Pero te conozco, guasona, y no te tengo miedo; para probártelo pongo cincuenta luses: veinticinco luses á los *ceros* y veinticinco luses al *negro*. Ganaré por un lado ó por otro.

Hagan juego, dice el banquero, y mete la bola en el cilindro.

¿Está hecho?

¿No va más? añadió un instante después. La bola se para, y el banquero dice con su monótona voz:

Primera, encarnado, impar, pierde.

Perdí en todas partes, y la odiosa *raqueta* del banquero se me llevó de un golpe mil quinientos cuarenta francos.

Esta vez aproveché la lección y me levanté. Mis ganancias eran aún más de tres mil francos, que unidos á la primera postura, me permitían entrar en el *treinta y cuarenta* con probabilidades de éxito. Salí á tomar el aire; deseaba tener la cabeza fresca y reposada antes de empezar el ataque. Muchas gentes del país se apresuraban á ofrecerme un carruaje. Me proponían ir á dar la vuelta á las fuentes, empezando por la de Géronstère y acabando en la de los Toneles. ¡Son tan preciosas! ¡Si creerían que había hecho un viaje de cien leguas por ver los paseos de Spa! En una ciudad dedicada al juego, tan sólo existe para mí el *Kursaal*, y no me separo nunca de él. Soy de la misma clase que aquel inglés que, después de haber estado un mes en Homburg, se quedó asombrado al saber que iban allí muchas personas á tomar aguas medicinales y á seguir un tratamiento serio. Cuando lo supo, estaba decidido á volverse á su país, con una gran cantidad ganada en varios días, al *treinta y cuarenta*. La cuenta de la fonda la había pagado ya, el coche le esperaba para conducirlo al camino de hierro.

—¿Y qué clase de enfermedades curan estas aguas? —cometió la imprudencia de preguntar.

—Muchas; pero son sobre todo eficaces para el mal de piedra —le respondieron.

—¡El mal de piedra! Pues yo sufro por su

causa horriblemente; ¿y creéis que estas aguas me curarían?

—Con toda seguridad.

—Pues no me marcho. Que vuelvan á subir mi equipaje.

Y mientras esperaba la hora de tomar su primer baño, volvió al *treinta y cuarenta*, que le llevó todas las ganancias de los días anteriores.

Desde hace dos años no ha salido de Homburg; la mitad de su vida la pasa en el establecimiento termal, y la otra mitad en el salón de juego. Por eso está ya completamente arruinado. Pero si no tiene dinero, en cambio el mal de piedra no le abandona nunca.

No quise tomar ninguno de los carruajes que me propusieron, y me contenté con sentarme en el café que hay establecido en el piso bajo del *Kursaal*.

De una mesa próxima á la mía salió un profundo suspiro.

—¡Bueno!—me dije,—ese es un suspiro de un *tronado*; los conozco bien. Va á tratar de trabar conversación conmigo; pongámonos en guardia.

No habiendo producido el suspiro el efecto apetecido, mi vecino me dirigió la palabra.

—Caballero—me dijo con la mayor amabilidad,—me parece que he tenido el placer de encontraros alguna vez en otra parte.

—No lo creo—le respondí, con aspereza completamente inglesa.

Nuevo suspiro de mi vecino, que volvió á decir á los cinco minutos.

—Me chocaba hace muy poco vuestro modo de jugar á la *ruleta*; habéis debido ganar mucho.

—No tal, he perdido.

—¡Ah! ¡entonces, como yo!

Dejé prudentemente aquella conversación que se iba haciendo cada vez más alarmante; pero él la reanudó.

—Imaginaos que he llegado á Spa hará unos quince días, con veinticinco mil francos.

—Ha sido una imprudencia—dije echando una ojeada á mi interlocutor, que en su vida había tenido, de seguro, ni la décima parte de esa suma.

—Sí, señor, una gravísima imprudencia, porque los he perdido todos.

—Lo creo.

—Y no sé qué va á ser de mí; no tengo dinero para vivir en Spa, y no puedo marcharme, porque debo en todas partes.

—Dirijios al contratista de los juegos; tiene un singular placer en poner algunos luisés á disposición de las víctimas de la mala suerte que desean regresar á sus casas.

—Me ha dado ya quince luisés con ese objeto, y en vez de tomar el ferrocarril he jugado, y ya sabéis...

—Sí, lo sé, pero ¿qué queréis que yo haga?

—Que me prestéis cinco francos.

—¡Bueno! no habléis más. Tomad este luis y no le vayáis á jugar.

—¡Me guardaré muy bien!

Hé aquí una buena acción que me ha de

29760

traer la mala suerte. En el juego es preciso ser duro, insolente, insensible. La fortuna se parece á ciertas mujeres, á quienes se debe tratar brutalmente si quiere uno conquistarlas. La dulzura y la delicadeza no las conmueve.

Entré en mi hotel, á fin de tomar precauciones contra mí. Sería absurdo perder mis cinco mil francos en una sola sesión. Los dividí en varias partes, que puse en los diferentes cajones de mi mesa.

Primer cajón. Diez luises para gastos de hotel y viaje de vuelta. Hice juramento solemne de no tocar á ellos, sucediese lo que sucediese, antes de la hora de mi partida.

Segundo cajón. Los dos mil francos que he traído de París. Si pierdo lo que he ganado es lo menos que he de llevarme con mi primera puesta.

Tercer cajón. Mil francos, que juro han de ser los únicos que he de jugar esta tarde.

Cuarto cajón. Otros mil francos, que me servirán para tantear mañana la suerte si hoy me es contraria.

Estas dos últimas cantidades representan lo que podemos llamar la retaguardia. Entrarán en juego solamente, cuando la vanguardia, compuesta de cincuenta luises, pierda la batalla que voy inmediatamente á librar.

Después de tomadas estas precauciones eché una ojeada sobre mi traje para asegurarme de que todos mis talismanes estaban en sus sitios, y salí de mi cuarto.

¡Calla! ocupó el cuarto núm. 13; es un buen agüero. Todo me hace creer que voy á ganar inmensamente.

Y si fuese cierto que ganase mucho, ¿iría el lunes á llevarlo? ¿No sería ridículo, á mi edad y en mi posición, hacer tales larguezas? Ella se burlaría de mí, y tendría razón. Si se tratase de un nuevo amor, de una nueva conquista... Pero este amor data ya de muchos meses y ha sido ya vencido... ¡En fin, ya veremos!

Decididamente el aire de Spa conviene á mis pulmones: respiro más fácilmente, no dudo de nada, me ha vuelto el apetito, estoy menos nervioso.

Tengo una alegría loca: he encontrado al salir del *Hôtel de l'Orange* á D... principal contratista de juegos en Spa, y le he dicho:

—Voy á copar la banca, os voy á ganar cien mil francos. Entremos en tratos: dadme quince mil que necesito para pagar una cuenta, y me marcho sin jugar.

—Estoy convencido—me respondió,—de que haría un excelente negocio, pero no puedo aceptar el trato: sería dar un mal ejemplo. Además, vos me sois simpático y no me incomodaría porque copaseis la banca. Los noticieros no dejarían de hablar en sus respectivos periódicos de vuestra suerte, y afluirán muchos extranjeros á Spa. Tengo calculado que duplican mis beneficios la semana siguiente á aquella en que la banca sufre cualquier accidente de estos. La noticia del desastre envalentona y agujonea á todos los jugadores

de Europa. Y por último, el trato que me proponéis en broma, me le ofrecen todos los días en serio. Ahí tenéis, leed esa carta:

Sr. contratista de los juegos:

He descubierto una combinación infalible para hacer quebrar todas las bancas de treinta y cuarenta. Pero aborrezco el juego, desdén la fortuna, y si convenís conmigo en asegurarme una renta anual de doce mil francos, me comprometo por mi honor, á no poner jamás los pies en Spa. Dignaos dirigirme la respuesta á M. H... (á la lista), París. Si en el término de tres días, por cualquier causa, no me habeis contestado, saldré inmediatamente para Bélgica, venceré la repugnancia que me inspira el juego, y os arruinaré en muy poco tiempo, no por enriquecerme, sino para enseñaros á hacer caso de la advertencia que os dirige un matemático, hombre honrado.

—¿Y permanecisteis insensible á esas amenazas?

—Como á las vuestras.

—Hacéis muy mal —le dije riéndome.— Os voy á arruinar esta misma tarde. Adiós.

Me alejaba ya, cuando D... me llamó para decirme:

—Ya sabéis, si necesitáis diez luisas para volveros á Francia, mi caja está á vuestra disposición.

—Está bien —dije,— y murmuré entre dientes: *al freir será el reir.*

XI

Ya estoy otra vez en el *Kursaal*. ¿Qué voy á jugar? ¿La tercera parte nada más, ó todo? Es prudente, en el *treinta y cuarenta*, tener algo de sistema y moderarse... Decididamente, buscaré una serie, es decir, pondré á una carta la mitad. Si tengo la suerte de dar una serie de diez ó doce *pases, golpes* que se ven todos los días, me he salvado.

Sin más tardar me senté cerca del banquero para cuidar mejor de mi dinero, y *salí por cinco luisas*, que puse al encarnado.

—*Encarnado pierde, color gana*—dijo el banquero.—*Encarnado y color gana. Encarnado y color pierde.*—Si continúa esta intermitencia, mi primer puesta no resistirá mucho tiempo.

Todo lo que duró esta banca ocurrió lo mismo. No hubo más que *tres pases* seguidos á favor del *negro*, y otros *tres al encarnado*, que no aproveché, porque no dupliqué la postura sino en el quinto *pase*.

Mi billete de mil francos desapareció, y me levanté.

¿En qué iba á pasar el tiempo hasta la hora de comer? Había jurado no tocar mi segundo billete hasta por la noche. He hecho mal, ten-

go el presentimiento de que van á empezarse á dar *series*, y un jugador viejo, con quien cambié algunas palabras, me dijo que desde hace dos días cesan las *intermitencias* de cuatro á cinco.

Precisamente dan las cuatro. Me devolveré mi palabra; yo fui quien me la di, pues en libertad estoy de no cumplirla.

¡Ea! voy al hotel á buscar mi segundo billete de mil francos; en una ciudad extraña y fuera del país de uno, es conveniente tener el dinero encima por lo que pueda ocurrir. Además, que los muebles de los hoteles cierran muy mal, y me podrían robar con la mayor facilidad.

Entro de nuevo en el *Kursaal* con otros mil francos. Sentí cierto rumor en la mesa del *treinta y cuarenta*; me enteré y supe que el *negro* acababa de darse *doce veces*; el jugador viejo que antes cité había ganado lo menos veinte mil francos.

Esto no le sucede á nadie más que á mi; es para desesperarse. Pero con cincuenta luises en el bolsillo un jugador no se desespera nunca. Me senté y empecé á apuntar, convencido de que no tardaría en darse una nueva serie.

— *Tres encarnados.* — *Dos negros.* — *Un encarnado.* — *Un negro.* — *Dos encarnados.* — *Tres negros.* — *Un encarnado.*

En vez de buscar la serie en el *encarnado* ó en el *negro*, voy á buscarla en el *color* y en el *contra*. No obtengo resultado ninguno: mi segundo billete de mil francos voló como el primero.

Debiera aprovechar esta ocasión para ir á comer; pero no tengo ganas, he vuelto á pensar en mi amor... Si, á medida que ella se me escapa, porque á cada billete que pierdo se aleja más de mí, la quiero más ardentemente. Conozco que la pierdo, y por eso mismo la adoro. Lo que es ahora no vacilo como hace poco en entregarla todo lo que gane.

¿Qué hará en estos momentos? Estará en familia cerca de su genio maléfico que le dirá: Olvida á ese chico, que no puede serte útil para nada, piensa en tu porvenir. Y ella se resiste, piensa en mí, á través del espacio su corazón se hace un ovillo junto al mío. Pero imprudente, ¡si eres tú quien me hace perder! ¿Has olvidado el antiquísimo refrán: *Desgraciado en el juego, afortunado en amores?* Si es cierto debes amarme mucho en este momento. Amame un poco menos, te lo ruego, hasta esta noche. Cuando no juegue, entonces volverás á pensar en ello.

¿Qué voy á hacer mañana en Spa? ¿Por qué he de perder un día? Sería más sencillo terminar hoy aquí y salir mañana en el expreso de las once. Aún tengo dos mil quinientos francos. Es preciso llevarlos sobre mí para evitarme nuevas idas y venidas al hotel, puesto que las *series* se presentan cuando vengo en busca de refuerzos.

Esto es hecho; mis soldados están en línea de batalla, todas mis tropas tomarán parte en ella; hasta la retaguardia recibirá orden de marcha. Adelante.

Esta vez jugué como un loco; no guardé la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

menor regla de conducta; apunté diez lises, veinte, cincuenta, á medida de mi capricho; mis nervios, sobreexcitados desde la víspera, no me permitían ser dueño de mí; el juego me había mareado por completo. Pierdo, gano, vuelvo á perder para ganar de nuevo. Una especie de niebla me rodea, impidiéndome distinguir las cartas que desfilan ante mi vista; el zumbido de mis oídos no deja llegar á mí la monótona voz del banquero cantando los *puntos*; no percibo más que la mano del *croupier* ocupándose en dar ó recoger montones de oro y billetes de Banco.

Ganaba y mucho. Juego desde hace un instante el máximo y reuno más de treinta mil francos de ganancia.

Todos los puntos tenían los ojos fijos en mí. Yo no veía aquellas miradas, pero las adivinaba, las sentía. Una voz murmura: *Va á copar la banca*. Estas palabras me dejaron helado. Me pareció que habían de traerme *la mala*, sin poderme dar cuenta de tal presentimiento. Y es que no jugaba ya, ni por mí, ni por ella, sino por la gente que me miraba. Por encima del dinero y del amor, sobresalía la vanidad, el orgullo de jugador. Mi embriaguez era completa.

Perdí dos puestas de seis mil francos. Detente, imprudente, economiza tu suerte, no agotes el filón.

¡No! ¡Haré quebrar la banca! ¡Quiero coparla!

XII

¡Has sido tú el *copado*! Has perdido oro, plata y billetes. Aquella gente que hace poco te admiraba, se ha marchado encogiéndose de hombros. Vamos, cede el sitio á otros tan locos como tú.

Salgo, me paseo durante una hora, diciéndome que todo está perdido, que no la volveré á ver más. De repente una idea hiere mi imaginación. Tengo aún en el hotel el dinero para el viaje de ida; voy á buscarle, y... le pierdo.

En el patio del Casino encuentro al sujeto que me habló en el café; se le ve más contento; cuenta billetes de Banco. Con el luis que yo le dí se ha enriquecido. ¡Si yo se le pidiese! ¿Y por qué no?

Dice que prefiere devolverle en Paris. Tiene mala sombra pagar deudas.

Vuelvo á entrar en el *Hôtel de l'Orange*. ¿Qué otra cosa mejor podría hacer que acostarme? ¡Ay! no puedo dormir: en el cuarto inmediato al mío un jugador afortunado suena el oro y entona cantos de victoria. ¡Estoy por quejarme al dueño de la fonda, esto es insufrible! Los hoteles de una ciudad dedicada al juego deberían estar divididos en dos clases: unos

para los gananciosos: otros para los arruinados. Es sabido que el jugador afortunado no duerme, pasa la noche en contar el dinero y hacer castillos en el aire: es hablador, hace mucho ruido é incomoda como nadie. El jugador desgraciado, por el contrario, viéndose en mil aprietos para pagar al día siguiente la cuenta de la fonda, está triste, silencioso, se hace el chiquito, habla á los mozos con respeto y no piensa más que en entregarse al sueño, para olvidar sus pérdidas.

A las tres de la madrugada, á pesar de mis enérgicas observaciones, mi fastidioso vecino se dignó apagar la bugía y dormirse. Me apresuré á hacer otro tanto; pero mis nervios estaban irritados con tan largo insomnio, y me vi presa de horribles pesadillas. Los *croupiers* del *treinta y cuarenta* se me aparecían en sueños y los oía gritar:

—*Hagan juego.*

—*Negro y color ganan.*

Hasta á ella la entreveía en mi sueño. Estaba tendida sobre una mesa de *ruleta* cubierta de billetes de Banco; tenía en vez de brazos y piernas, *raquetas* de *croupier*; su corazón estaba reemplazado por un *cilindro de cobre*.

A las nueve me despertó sobresaltado la voz de mi vecino. Se había levantado ya y se informaba por medio del mozo, de la hora en que se abría la sala de juego.

—A las once, le respondió.

—Pronto, pronto entonces, agua caliente, que venga un barbero, y tráeme el almuer-

zo. Quiero llegar de los primeros para elegir sitio.

Estas palabras me reaniman; antes de que termine el día de hoy, el *treinta y cuarenta* me habrá vengado.

Yo no debo pensar más que en volver á París lo más pronto posible; ¿pero cómo? Ayer por la noche jugué hasta mi último luis. Felizmente el contratista de los juegos se puso á mi disposición. Me espera sin duda en este momento, porque los jefes de las partidas le habrán dado ya cuenta de los incidentes ocurridos el día antes, y sabe con pocos luses de diferencia, el alcance de mis pérdidas. ¡Qué notables son esos jefes de partida! Ellos ven, oyen y notan todo; mientras nosotros, entregados en cuerpo y alma al juego, no percibimos más que el ruido del oro, y no vemos más que las cartas, esos hombres nos observan, nos desenmascaran y escudriñan nuestros pensamientos. Cuando no saben nuestros nombres, nos dan entre ellos motes apropiados á nuestra manera de jugar; el *áspero*, el de los *talismanes*, el *soñador*, el *encarnado*, el *negro*, el de *columnas*, el *pleno*: y estos motes nos duran á veces hasta el año siguiente, cuando volvemos á sus dominios.

Me visto, salgo, y me dirijo á la pequeña caseta de todos conocida, ocupada por el contratista de los juegos. Cuatro ó cinco personas le esperan ya en la antesala; en sus caras alicaídas se echa de ver que pertenecen al número de los tronados. Van á pedir de diez á cincuenta francos para volver á su país na-

tal. Muchos de ellos han recibido ya el dinero del viaje; pero en vez de ir á tomar los billetes han vuelto al juego y han perdido. A estos les acompaña hasta el ferrocarril un empleado del *Kursaal*: les paga los billetes y les vigila hasta que sale el tren.

Al momento que pasaron mi tarjeta al señor D... la puerta de su gabinete se abrió ruidosamente y vi salir á un hombre exclamando:

—Os digo que me mataré hoy mismo en vuestros salones; mi muerte hará mucho ruido, y esta ratonera será cerrada.

—Está bien— responde con calma el contrastista, —estoy acostumbrado á esas amenazas; me las han hecho un centenar de veces todos los veranos. Suicidaos, si os place, pero no os daré ni un florin y avisaré á la policia.

Al instante el hombre aquél desapareció sin decir ni una palabra, y al verme el señor D... se sonrió y me hizo entrar.

—Vamos— me dijo, —sé que habéis estado á punto de arruinarme, á mí y á mis accionistas. ¡Qué atroz habéis sido: ponerlo todo de una vez! ¡Pensar que habéis tenido, un instante, treinta y dos mil francos en vuestro poder!

—¡Ah!— exclamé, —no renovéis mis dolores; no podré consolarme nunca de haber tenido la fortuna en mis manos, y la he dejado marchar, sin aprovecharme nada.

—Comprendo vuestros pesares— me respondió el señor D... —pero permitidme que no participe de ellos.

De repente añadió:

—¿Cuánto habéis traído de París y cuánto habéis perdido?

—Dos mil francos.

—Eso es— dijo consultando sus notas, —el *enamorado* llegó con dos mil francos, ganó hasta treinta y cinco mil y volvió á perder hasta la primer postura.

—¡El *enamorado*!— dije yo asombrado.— ¿Es así como vuestras notas me designan? ¿Cómo se sabe eso?

—Nada más sencillo. Cuando haciais un buen golpe, sacabais del bolsillo una fotografia que acariciabais con vuestras miradas. Evidentemente era el retrato de una querida, que se convirtió en talismán en vuestras manos... Y ahora que no tenéis dinero y queréis volveros á París, ya sabéis que tengo diez luises á vuestra disposición. Hélos aquí, hacédme un recibo.

Un instante después me separé del señor D... y cedí el sitio á otro visitante.

Entré en el hotel, hice el equipaje, pagué mi cuenta, que no era muy subida, y me paseé por la ciudad esperando la hora de la salida del tren. Al volver una esquina me encontré con el prestatario mío de la víspera. A su vista se me ocurrió una idea... Si él ha podido enriquecerse con un luís, ¿por qué no he de intentar la fortuna con lo que me queda después de pagar el hotel? Pero, ¿y el viaje?... Me costará lo más cuarenta francos; puedo, pues, disponer de cinco luises. Y si en un instante se me van, ¿qué voy á hacer hasta maña-